

Desigualdad de Elites: Procesos de diferenciación y estructuras de desigualdad al interior de los countries de Buenos Aires.

Edgardo Gabriel González y María Lucía Steinhardt.

Cita:

Edgardo Gabriel González y María Lucía Steinhardt (2017). *Desigualdad de Elites: Procesos de diferenciación y estructuras de desigualdad al interior de los countries de Buenos Aires. XII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-022/426>

“Desigualdad de Elites: Procesos de diferenciación y estructuras de desigualdad al interior de los countries de Buenos Aires”

Edgardo Gabriel González | María Agustina Frisch | María Lucía Steinhardt

gonzalezg.gabriel@gmail.com | magustinafrisch@gmail.com | lucia.steinhardt@gmail.com

Universidad de Buenos Aires - Facultad de Ciencias Sociales

Eje Sociología del Hábitat y del Medio Ambiente

MESA 74 | La ciudad en disputa: actores, conflictos y dinámicas de producción del espacio urbano

Abstract

El contexto histórico y socioeconómico de la década de 1990 promovió y consolidó el fenómeno de la suburbanización de elites, proceso que, acompañado por las políticas públicas llevadas adelante por el Estado, generó fuertes repercusiones en la configuración espacial, territorial y social de la Región Metropolitana de Buenos Aires, trayendo consigo una profundización de la exclusión y la polarización social. Muchos autores han indagado acerca de la distancia que generaron y generan estas nuevas configuraciones urbanas entre las clases populares y las medias-altas y altas. Las presentan como espacios homogéneos en apariencia y características, que establecen una diferenciación exclusivamente con el “afuera”, de manera simbólica, pero también materializada la existencia de los muros. Sin embargo, poco se ha escrito sobre los procesos que se dirimen al interior de estos barrios. Descubrir fisuras de esta aparente uniformidad es lo que guía este trabajo. El proyecto se propone conocer y analizar las estructuras de desigualdad al interior de los barrios cerrados de la RMBA desde la década de 1990 hasta la actualidad. Se analizará en qué medida estas estructuras existen, se producen y reproducen a partir de la triangulación de datos estadísticos, entrevistas y análisis de medios de comunicación.

Palabras clave: Sociología urbana, suburbanización, urbanizaciones cerradas, desigualdad, elites

Introducción

Para comprender el fenómeno de la suburbanización de las élites en la Región Metropolitana de Buenos Aires (RMBA) que tuvo lugar en la década de 1980 y alcanzó mayor predominancia en la década de 1990, es necesario considerar el contexto político y socioeconómico de dicha etapa que posibilitó el desarrollo de las urbanizaciones cerradas. En este sentido, las políticas públicas llevadas adelante por el Estado en los años noventa tuvieron fuertes repercusiones en la configuración espacial, territorial y social de la RMBA, proceso signado por las tendencias hacia la modernización y globalización, la implementación de políticas neoliberales, y que a su vez trajo consigo una profundización de la exclusión y la polarización social.

Este período, marcado por el notorio incremento de las inversiones locales y extranjeras, en gran medida posibilitado por la reforma del Estado, la puesta en marcha de la privatización y concesión de empresas estatales y servicios públicos, contribuyeron a profundizar la suburbanización en la Argentina y en la RMBA: por un lado la suburbanización de élites y por otro, la aparición de múltiples asentamientos.

Una parte de las inversiones extranjeras fueron destinadas a nuevos emprendimientos urbanísticos (como es el caso de los grandes hoteles en la Ciudad de Buenos Aires, los shoppings e hipermercados), mientras que las inversiones locales estuvieron destinadas al sistema de autopistas y accesos rápidos y a las nuevas urbanizaciones periféricas (como por ejemplo, los barrios cerrados) (Ciccolella, 1999).

En este marco, la cuestión de la desigualdad planteada por Tilly (2000) y por Therborn (2015) se hace presente como un modo de organización social que se produce y reproduce por diversos mecanismos. La disputa por la apropiación del espacio urbano plantea una construcción de distancias entre clases populares y clases medias-altas y altas. A su vez, los barrios cerrados se presentan como una construcción de fronteras entre los más ricos y los pobres en donde los muros expresan de manera tangible la exclusión a la que se someten a ciertos sectores (entendiendo a dicha exclusión como un mecanismo de impedir el acceso a “algo”, como enuncia Therborn, 2015). Sin embargo, este distanciamiento entre las clases mencionadas, no da cuenta de los procesos de diferenciación al interior de las respectivas formas urbanas.

Al revisar estudios referidos al proceso de suburbanización en urbanizaciones cerradas, nos encontramos que, en general, éstos se abocaron a indagar principalmente cuáles fueron y cuáles son las características de los grupos que se trasladaron a estos nuevos espacios, es decir, sus características socioeconómicas, sus motivaciones, sus valores, etc., siempre en relación con un “otro” que se encuentra por fuera de ellos, del otro lado del terreno cercado, al cual segrega. En

esta línea podemos ubicar en primer lugar a Torres (2001), en tanto conceptualiza y caracteriza el fenómeno de “suburbanización de elites” y da cuenta de cómo estas urbanizaciones cerradas constituyen los nuevos enclaves de los ricos en los años noventa. A su vez, Svampa (2001) plantea que “las nuevas formas de segregación espacial protagonizadas por las clases altas y las clases medias superiores se revelan como un instrumento disuasivo en la gestión nada fácil de la distancia social entre los ganadores y los perdedores [del modelo económico neoliberal]” (2001: 15).

Por otro lado, hay otros estudios que se dedicaron a revisar los nuevos fenómenos de socialización que se producen al interior de estos espacios privados. Tal es el caso de Svampa (2004) cuando propone que “el nuevo estilo de vida participa menos de una experiencia cerrada, propia de un modelo estrictamente comunitario, ligado a la exclusividad de los pequeños círculos, que de las nuevas oportunidades y vínculos que aporta la homogeneidad ampliada de la incipiente red socio-espacial, que incluye a los sectores medios en ascenso y las clases altas y medias altas consolidadas” (2004: 67). Arizaga (2003), por su lado, desarrolla el concepto de “imaginario de llegada”, que responde a ese común de motivaciones: elección y cambio de estilo de vida, acceso a la exclusividad, calidad de vida-naturaleza, encontrar su lugar, cumplir los sueños

Sin embargo, al adentrarnos en el tema, identificamos una falta respecto al estudio del interior de estos barrios: cuál es la dinámica interna, qué tipos de estructuras operan, qué procesos confluyen y si existen o no diferencias entre los distintos grupos, familias y residentes de estos lugares.

A partir de esto es que surge la inquietud de investigar si la aparente homogeneidad socioeconómica de los *countries* y barrios privados de la que parten la mayoría de los análisis socio-urbanos podría presentar fisuras: ¿es posible establecer diferencias y procesos de diferenciación al interior de los *countries*? ¿Cómo se establecen esas diferenciaciones? ¿Qué incidencia tiene el factor socio económico? ¿Existen otros tipos de factores que afecten la conformación de grupos diferenciados al interior?

En este trabajo nos proponemos acercarnos a estos interrogantes para indagar y analizar los procesos de diferenciación y las estructuras de desigualdad al interior de los *countries* de la Región Metropolitana de Buenos Aires (RMBA), haciendo foco en la zona de Pilar, a fin de dilucidar las formas en las que opera la constitución de identidades diferenciales y cómo éstas estructuran desigualdad al interior de estos espacios.

Para tal objetivo, llevamos a cabo una tarea exploratoria a partir de entrevistas piloto semiestructuradas para obtener una primera aproximación a aquella información que nos pueda ir orientando sobre las características de los habitantes de estas urbanizaciones cerradas. las

entrevistas se basaron en una guía de pautas detallando los diferentes ejes a explorar. La importancia de partir de las experiencias de los protagonistas reside en que nos permiten comprender las dimensiones subjetivas de los habitantes de estos espacios y las significaciones que éstos construyen.

Con la realización de estas entrevistas se busca dar cuenta de las principales costumbres de los residentes de dichas urbanizaciones, y se intenta relevar las prácticas, tradiciones, formas de hacer, sentir y pensar que constituyen un determinado tipo de sujeto, que se diferencia de los “otros” no residentes de los barrios cerrados, y a su vez que se diferencia de los mismos miembros de su comunidad. Se hace hincapié en conocer si existen grupos de pertenencia entre niños, adolescentes y adultos y en tal caso, identificar sus prácticas particulares y formas de reconocimiento y diferenciación. En este sentido, se puede realizar una aproximación a las distintas formas de relacionarse y la estructuración de las relaciones sociales al interior de cada barrio, con cada uno de sus actores.

Nos concentraremos en los countries de la zona de Pilar, ya que consideramos que es un caso paradigmático de este fenómeno urbano. Dicha región creció exponencialmente en las últimas dos décadas: una mirada a los censos nacionales de los años 1991, 2001 y 2010 ilustra este fenómeno: la población total a principios de la década de 1990 era de 130 mil habitantes, la cual hacia 2001 había ascendido a 230 mil y a 300 mil en 2010. Es decir que en aproximadamente dos décadas, la población creció en un 230%. Sin embargo, la distribución social de la población en el territorio pilarense llama la atención por una peculiaridad que se observa inmediatamente: el fuerte contraste entre los countries y barrios privados por un lado, en su mayoría con acceso inmediato a la Panamericana; y por el otro los asentamientos de bajos ingresos, ubicados en espacios más alejados de los accesos a la autopista pero en muchos casos cercanos a estaciones de los ferrocarriles que conectan a Pilar con la CABA.

Urbanizaciones cerradas: alcances y limitaciones en su estudio

Como se ha indicado anteriormente, los estudios referidos a las urbanizaciones cerradas han apuntado, generalmente, a estudiar el origen de este tipo de viviendas haciendo hincapié en los condicionantes económicos, políticos y sociales propios de la década de 1990.

Durante este período, se observa un fuerte crecimiento en la producción y comercialización de un nuevo producto inmobiliario que intenta estimular un movimiento hacia la suburbanización de ciertos grupos sociales de medios y altos ingresos. Torres (2001) define este fenómeno como “suburbanización de las élites”, que produce fuertes cambios en la tensión centro-periferia que

caracterizaba a la ciudad hasta ese momento. Respecto a las urbanizaciones cerradas, el autor sostiene que:

“su inserción en el tejido urbano marca cortes abruptos: constituyen desarrollos “parquizados” de cuidado diseño, viviendas suntuosas en emprendimientos de variadas dimensiones separados físicamente del tejido urbano circundante (loteos económicos de los años cincuenta y sesenta, villas, viejos centros urbanos) por medio de dispositivos de seguridad (muros cerrados, puestos de vigilancia) que no sólo han alterado partes importantes del paisaje urbano periférico (en el sentido de crear y consolidar situaciones de enclave) sino que han originado un número significativo de conflictos sociales urbanos localizados” (Torres, 2001: 50).

Según Svampa (2001), el fenómeno de segregación social da cuenta de que el proceso urbano se desarrolla en el marco de un desplazamiento de un modelo de “ciudad abierta”, centrado en la noción de espacio público y en valores como la ciudadanía política y la integración social, hacia un régimen de “ciudad cerrada” marcado por la afirmación de una ciudadanía “privada”. Dicha afirmación corresponde a un proceso fragmentación y exclusión social, en donde las clases medias y altas optan por “encerrarse” en determinados espacios, motivados por las comodidades que les facilitan los nuevos emprendimientos urbanísticos y las innovaciones para el acceso en las que en los que el sector privado invierte en esta década (como es el caso de las autopistas). La accesibilidad posibilitó, por un lado, la conversión de la residencia en los barrios cerrados, pensadas en un primer momento como estadías eventuales, a una forma de vivienda permanente; y por otro, la ampliación del área de localización potencial para nuevas suburbanizaciones.

Siguiendo esta línea, Robert (1992) señala que frente a los cambios socioeconómicos comenzados en la década de 1980, la segregación social se manifestó también en las nuevas formas de ocupación del espacio territorial. Este autor sostiene que esta situación por un lado, “muestra la retracción institucional del Estado, el correlativo avance de sectores privados en la gestión de los servicios públicos y la reducción del espacio público frente al privado: por otro, es casi un símbolo de la fragmentación social en atención a la configuración física que propone, donde el elemento principalísimo es el cerramiento físico excluyente” (Robert, 1992:2).

Este concepto de “fragmentación social” puede relacionarse a lo planteado por Marcuse (1995), en lo referente a la construcción de muros, tanto físicos como simbólicos. Este autor concibe a los muros como “encarnación y como metáfora de la naturaleza de estas divisiones sociales: los muros como reflejo y refuerzo de las divisiones” (1995: 2). Asimismo, sostiene que “las sociedades en que nuestras ciudades existen son, y han sido por siglos, jerárquicas; las desigualdades entre sus residentes se reflejan en las desigualdades de los espacios que ocupan” (1995: 3). Según esta perspectiva, las urbanizaciones cerradas funcionarían como “muros de estuco”, propios de las

“ciudades suburbanas” y pueden por un lado otorgar privacidad, identidad, cohesión y apoyo mutuo para un determinado grupo; y por otro, pueden estar hechos para limitar a otros.

Es decir que los muros pueden ser no sólo físicos y tangibles, sino que además pueden ser muros simbólicos que expresan barreras sociales y económicas, y que a la vez crean identidades propias para cada zona. Esto puede relacionarse con lo expuesto por Svampa (2001) en cuanto a la construcción de una ciudadanía “privada” propia de los residentes de los barrios cerrados. Según esta autora, “otro de los motivos por los cuales los residentes manifiestan un rotundo rechazo por implicarse en la vida local alude a la necesidad de reforzar una decisión inherente al acto de separación espacial, la de evitar un contacto directo con aquella “otra” realidad que acecha detrás de los muros y toma la forma concreta y amenazante de la pobreza extrema” (Svampa, 2001: 190).

Por otro lado, Arizaga (2003), que define a este tipo de urbanizaciones como Nuevas Urbanizaciones Cerradas Suburbanas (NUCS), enfoca su análisis sobre las publicidades en torno a la comercialización de este tipo de viviendas. En palabras de esta autora:

“el caso de las publicidades de NUCS resulta un ejemplo paradigmático de este desplazamiento del significante que va de lo material a lo simbólico, de lo objetivo a lo subjetivo y muestra cómo se construye una doxa, un sentido común, por el cual ciertas variables articuladas en torno a la idea ecologista de “contacto con la naturaleza” -en la cual está implícita la otra idea: “huída de la ciudad”- se asocian directamente con el concepto de calidad de vida, al tiempo que resultan funcionalmente válidas para ocultar tensiones que el proceso contiene en su interior” (Arizaga, 2003: 12).

En esta línea, Torres resalta en su análisis el papel de oferente de los periódicos *La Nación* y *Clarín*: a mediados de los años noventa, ambos diarios comenzaron a publicar suplementos especiales, guías especializadas con información completa (ubicación, características, servicios que prestan, infraestructura deportiva, rutas de acceso) y cartografías detalladas de las urbanizaciones cerradas. Según Torres, “esta rápida evolución ascendente de los medios de difundir la oferta de este submercado constituye un claro indicador de la vitalidad creciente del mismo” (Torres, 2001:47).

Encontramos que los aportes de los distintos autores permiten dar cuenta de diversas características, condicionantes y actores implicados en torno al surgimiento y al auge de este tipo de urbanizaciones, y son muy atinados para contextualizar en tiempo y espacio este fenómeno de segregación espacial. Sin embargo, poco indagan en torno a la cuestión de lo que ocurre al interior de estos espacios cerrados, en la percepción de sus residentes respecto de sí mismos y de quienes habitan sus mismos espacios, y en lo que hace a la constitución de sus identidades a partir de la construcción de un “nosotros” en oposición a un “otros” al interior mismo de estos espacios.

Identidades diferenciales: “nosotros” y “los otros”

Para poder entender el proceso de construcción del “nosotros” y de los “otros” en los espacios cerrados, es necesario también comprender cómo es el funcionamiento, cuáles son las características y la estructura de los grupos sociales que en ellos residen.

Desde la perspectiva de Bourdieu, se parte de la concepción de que la clase social no existe como tal, sino que se explica por su identificación como parte de estructuras que corresponden al orden simbólico. La valoración de las estructuras depende del concepto de capital como condicionante de disposiciones y jerarquizaciones en un espacio determinado. Lo social, por lo tanto, es un concepto relacional en donde el espacio social es un conjunto de posiciones objetivas diferenciadas y coexistentes, definidas en relación con otras, en torno a dos dimensiones: el volumen del capital global que poseen, y el volumen relativo de los distintos capitales existentes, es decir, según el peso relativo de los capitales poseídos. El espacio es “un conjunto de posiciones distintas y coexistentes, externas unas a otras, definidas en relación unas de otras, por su exterioridad mutua y por relaciones de proximidad, vecindad o de alejamiento y asimismo por relaciones de orden, como por encima, por debajo y entre” (Bourdieu, 1997: 12)

Los conceptos de hábitus y de campo que introduce el autor son fundamentales para adentrarnos en la idea que guía este trabajo. Por un lado, el *hábitus* es una forma de obrar, pensar y sentir, según la posición ocupada en la estructura social que genera prácticas y brinda principios de visión y división que permiten establecer sistemas de clasificación. El *hábitus* genera y a la vez unifica “las características intrínsecas de una posición en un estilo de vida unitario” (Bourdieu, 1997: 19). En otras palabras, se compone por estructuras estructuradas que operan como estructuras estructurantes, en donde a cada “clase de posición le corresponde una clase de hábitus producidos por los condicionamientos sociales”.

Por otra parte, el concepto de campo refiere a espacios estructurados de posiciones internalizadas por individuos dotados de un *hábitus* con un objetivo o interés común. Bourdieu (1990) presenta al campo como aquello desde donde se define lo que está en juego y “los intereses específicos, que son irreductibles a lo que se encuentra en juego en otros campos o a sus intereses propios (...) y que no percibirá alguien que no haya sido construido para entrar en ese campo” (Bourdieu, 1990: 136). Como pertenecientes a un mismo campo, los individuos conocen y reconocen las reglas de juego de ese campo, tejiéndose así una red de relaciones objetivas entre posiciones objetivamente definidas al interior del mismo. El campo no se entiende sino en plural e

implica un espacio de posiciones relativas y relacionales, siempre en relación con un capital específico y una actividad de ese campo.

Tal como propone Hall (2010), detenernos en la diferencia es esencial para comprender el funcionamiento de la vida en sociedad: “siempre estamos poniendo sentido a las cosas en términos de algunas categorías más amplias. Así por ejemplo, llegamos a saber algo acerca de una persona pensando en los papeles que lleva a cabo. [...] Nuestra imagen de quien es esa persona se construye a partir de la información que acumulamos cuando la posicionamos dentro de estos órdenes diferentes de tipificación.” Es por este motivo, que plantea que sería difícil que el mundo tuviera sentido sin el uso de “tipos”.

En esta misma línea, Martini y Halpern (1998) introducen la noción de imaginario como “el conjunto de imágenes, la representación hecha de memoria, experiencias y proyectos y/o utopías, de que se vale un grupo social para explicar, organizar, ordenar el mundo social, situarse y actuar en él”. Este imaginario es el que al mismo tiempo opera en la construcción de estigmas y en el rechazo al otro. Es por ello que comprender que sobre el imaginario se dan disputas es fundamental para ver cómo opera la naturalización de ciertas prácticas que permiten establecer diferencias y rechazos en función de una definición de “nosotros” y la estigmatización de los “otros”. En este punto podemos incluir la visión de Amossy y Pierrot (2003) sobre estereotipos, ya que comparten en gran medida la conceptualización que hacen Martini y Halpern de imaginario social. El estereotipo para estos autores viene a ser una representación colectiva cristalizada: la imagen que nos hacemos de los otros, así como la que tenemos de nosotros mismos para por categorías a las que los vinculamos y están determinadas por su pertenencia a uno o varios grupos. Es por este motivo, que las representaciones colectivas tienen un impacto considerable sobre la identidad social e influyen en las relaciones que establecen los grupos y sus miembros.

Estos somos “nosotros” y esta es nuestra clase

Si tuviéramos que ubicar a los habitantes de los countries en un determinado nivel socioeconómico a partir de lo que ellos mismos perciben, podríamos decir que constituyen un grupo de gente que tiene acceso a más comodidades y bienes exclusivos que el resto de la población. Si bien reconocen diferencias sustanciales en relación a la exclusividad de unos respecto a otros, todos indican en que el estándar de vida es “mejor” que la media. En sus propios discursos, se definen como parte de la clase media alta, o en algunos casos, alta:

“Si tuviera que concluir algo desde mi experiencia personal, lo que es homogéneo es el poder adquisitivo. Si bien hay algunos que tienen mucho mucho mucho y otros tranca, todos tienen una

pileta, vacaciones, colegio privado, entonces lo que pasa es que después tu capital social es similar en poder adquisitivo.” (Alejandra)

“Acá lo que menos es la gente es clasista. Por supuesto que nos gusta vivir bien y un montón de cosas, pero eso no quiere decir que nos matemos laburando, que no hayamos tenido problemas económicos y de todo tipo. Por eso nosotros nos damos con todos con los que tienen mucho, con los que tienen poco y con los que tienen medio.” (Cristina)

Es interesante observar cómo es que a pesar de las diferencias concretas respecto al capital económico, no se sienten distanciados entre sí por este aspecto, indicando en general cierta homogeneidad en relación a las formas de vida. Podría pensarse que el hecho de agruparse ellos mismos como un todo homogéneo clase media alta a pesar de las diferencias concretas que ellos mismos reconocen respecto al poder adquisitivo, es porque identifican a un “otro” completamente distinto, cuyas posibilidades materiales son abismalmente diferentes. Parten de un agrupamiento imaginario, que les permite comprender su entorno e integrarse a un colectivo simbólico, que tiene sus propios límites y fronteras. En relación al poder económico, no identifican que las desigualdades entre ellos mismos operen o atenten contra esa sensación de homogeneidad, porque la distinción se da en relación al que no comparte el hecho de que les “*gusta vivir bien*” o que no pueden gozar de ciertos beneficios como “*pileta, vacaciones y colegios privados*”, o mismo que no realizan cierto tipo de actividades. En este punto podemos retrotraernos a los distintos estudios referidos a la constitución de countries y barrios privados que citamos al comienzo del trabajo, ya que coincide la percepción que los propios habitantes tienen respecto a lo que estos autores definen como características propias de los grupos que residen en estos espacios.

Sin embargo, Alejandra (26 años), ex residente del Highland, identifica una dificultad en la pretendida homogeneidad socioeconómica:

“Claramente había distinciones que se sucedían de tener más o menos plata pero que no se discrimina en ese sentido. Por ejemplo, vos sólo podías usar los “amenities” del country, la pileta, las canchas, etc. si eras socio. Entonces el que no era socio en algún punto quedaba medio excluido de los grupos de gente, porque el modo de vincularse era en esas áreas. Entonces no sé, yo me acuerdo mi vieja una vuelta vino con una chica, gente que se había mudado nueva, pero que no tenían la plata para hacerse socios, entonces estaba desesperada porque la hija no tenía amigos, porque claro el lugar de vinculación estaba en esos lugares que quieras o no son arancelados. Entonces para pertenecer, para ser parte de eso, tenés que ser socio.”

Dos cuestiones interesantes surgen en su comentario. En primer lugar, aparece un aspecto diferenciador del capital económico, que hasta el momento se mostraba como unificador de una idea de “buen vivir”. Para esta persona no era suficiente el hecho de residir en el country y contar con las comodidades “normales”, sino que el no tener “suficiente” ingreso limitaba su acceso al

vínculo con los demás. Por otro lado, “ser parte de” exigía además un capital social que sólo era asequible en la medida en que se contara con el capital económico para poder usar el club. Tal como propone Bourdieu (2010), “ciertos espacios, y en particular los más cerrados, los más selectos, exigen no sólo un capital económico y cultural, sino también un capital social. Procuran capital social y capital simbólico mediante el *efecto club* resultante de la reunión duradera (en los barrios elegantes o las residencias de lujo) de personas y cosas que, diferentes a la mayoría, tienen en común no ser comunes.” (2010: 124)

En esta misma línea, la función homogeneizadora que cumplía la dimensión socioeconómica, presenta una fisura en tanto el territorio, aún dentro de los countries, se encuentra estratificado y jerarquizado, de acuerdo a las comodidades y facilidades a las que tienen acceso unos y otros:

“Sí hay algo que se da que en los terrenos de la periferia, digamos los que son perimetrales, son los terrenos más baratos, son casas más chiquitas porque bueno, quizás es gente que compró el terreno con mucho más esfuerzo, hizo la casa con mucho más esfuerzo y son más chicas que tal vez las más centrales... No sé, las casas que dan al golf son más caras, los terrenos” (Clara).

Pareciera ser que a pesar de vivir todos en un mismo espacio cerrado, no representa lo mismo uno u otro lote. Tampoco representa lo mismo tener uno o dos o seis. Nuevamente Bourdieu (2010) nos clarifica con sus palabras esta dinámica: “La posición de un agente en el espacio social se expresa en el lugar del espacio físico en que está situado [...] y por la posición relativa que sus localizaciones temporarias, y sobre todo permanentes, ocupan con respecto a las localizaciones de otros agentes”. Es decir, que el espacio social se retraduce en el espacio físico, sin embargo, el situarse en un lugar u otro, también termina condicionando la manera en que los sujetos se relacionan entre sí y la imagen que se hacen unos de otros. Si bien Clara no indica explícitamente un cambio de actitud respecto a aquellos que viven en “la periferia”, asume un determinado comportamiento en relación a cómo accedieron a esas propiedades: “*quizás es gente que compró el terreno con mucho más esfuerzo, hizo la casa con mucho más esfuerzo*”. De esto se trata lo que Bourdieu llama *espacio social reificado* (o físicamente objetivado), de la distribución en el espacio físico de bienes, servicios, agentes individuales y grupos localizados físicamente y las oportunidades efectivas de cada uno de ellos para apropiarse de esos bienes. (Bourdieu, 2010).

Otro punto importante tener en cuenta en este punto es la reflexión de Clara (28 años), habitante de Pilar del Lago, respecto a las distancias entre los distintos countries:

“La forma de vida varía mucho de acuerdo al tamaño del country. Donde vivimos nosotros es mediano, tirando a chico, comparado a lo que se están haciendo ahora. En general la gente vive, hay pocas casas de fin de semana. Y en general son profesionales, hay otros lugares donde son dueños de cosas y empresarios... Por ejemplo, ¿viste Highland? Ahí vive Suar, ¿entendés? Son

otras características de gente, porque bueno también son otros ingresos, otras casas, es distinto. Como que hay mucha variable dentro de lo que uno puede ver en cuanto ingresos también. Acá diría que es gente de clase media alta...”

En su comentario puede observarse la implicancia que tiene el territorio en la forma en que se desarrollan las relaciones sociales al mismo tiempo que se reafirma el modo en que cada country se constituye como un enclave de significación diferenciado.

Por otra parte, si bien no deja de ubicarse socioeconómicamente hablando en el mismo rango, para ella no son iguales aquellos que viven en su country, que se caracterizan por ser profesionales, en relación a otros que suelen ser empresarios o “dueños de cosas”. Así es como deja entrever una diferencia surgida desde la forma en que cada propietario generó el dinero que le permitió habitar ese lugar. Esto mismo lo va a observar Cristina de 73 años, residente en Los Lagartos.

El “Otro”: el *nuevo rico* y el *niño rico*

Lo detallado anteriormente nos lleva directo a un comentario de Cristina respecto a su sensación respecto a los “nuevos”:

“Los de nuestra época nos damos con todos, el que tiene mucho y el que tiene poco, el que tiene medio, no era un impedimento para que te juntaras con la gente, ni la sentía de ninguna de las dos partes. Ahora yo sí veo diferencia, a ver cómo te puedo decir... “nuevos ricos”. Y nuevos ricos de distintos sectores, algunos políticos, bastantes políticos y los privados también. De repente que aparezca gente que no tenía y que de repente tenga un montón. Acá igual no nos gusta mucho que vengan políticos justamente porque la idiosincrasia de la gente que fundó esto fue siempre con la idea de que sea un lugar de familia, para que se comparta entre amigos y familia. Cuando empezó a aparecer otro tipo de gente... y... es distinto, se nota, se nota. Yo tengo la idea de que la gente que fue bien educada y que vivió en un entorno familiar adecuado, me refiero a lo que podría ser el ambiente de todas nuestras familias, no se ponen locas cuando tienen un peso más. Tampoco se ponen locas cuando tienen un peso menos. Porque yo de entrada te dije que tenía dos casas y una la tuve que vender y no me siento menos por eso. Hay algunas personas que si no tienen y no tienen qué mostrar, se sienten menos. Entonces necesitan tener y mostrar. Y a veces ese tener y mostrar es a cualquier precio. Eso no solamente no está bien visto, hay algunos que rodean a esa gente, porque esa gente además necesita estar rodeada, y según mi pensamiento, desde mi punto de vista, estar atrás de alguien por una cuestión de guita es algo absolutamente vil. Pero eso no quita que esa gente exista, esa gente existe. Cuando Menem venía acá era todo un circo, estaban todos alrededor de Menem y después nadie lo había votado. Y acá tuvimos gente, personajes muy siniestros.”

Para poder entender la significación de su testimonio, vamos a introducirnos en qué es aquello que comparten los de “nuestra época” que les permite contrastar con los “nuevos ricos”.

Para ello partimos de la revisión de distintas páginas web de countries cuya fundación rondó por la década del '70 (que suelen ser los más antiguos). En ellas podemos observar un patrón común respecto a cuáles fueron los valores pilares y las actividades características de cada uno de estos “clubes de campo”, que finalmente se convertirían en lugares de residencia.

Todas parten de lo mismo: orígenes estrictamente familiares, es decir, una o unas pocas familias dueñas de algunas muchas hectáreas que deciden agruparse para conformar espacios dedicados al deporte, fundamentalmente al polo y equitación, y a la socialización. Luego se sumarían actividades como el golf, el tenis, el hockey, la construcción de piscinas y canchas de fútbol, sumado a la construcción de salones para eventos y espacios comunes.

Además, en todas se hace hincapié sobre la importancia que tiene la naturaleza y el cuidado del medio ambiente, ofreciendo a sus habitantes no sólo el ámbito propicio para desarrollar relaciones sociales y practicar deportes, sino un lugar de tranquilidad y contacto el espacio abierto.

De esta manera se va constituyendo un determinado estilo de vida, definido por estas prácticas que son valoradas por los “viejos” y que “deberían ser” valoradas por todos aquellos que ocupen estos espacios.

“Ahora se manejan de manera muy distinta a la que nos manejábamos antes. La mayoría de los que están ahora, viven en el country, entonces que pasa, no tienen esa cosa que teníamos nosotros de llegar y estar todos los chicos afuera andando en bicicleta, todos nosotros afuera andando en bicicleta, todo el tiempo en el club compartiendo todo, en cambio están todos ahora metidos para adentro. Pero no hay como un disfrute de todo lo que hay como había antes” (Cristina)

Así es como empiezan a aparecer indicios de cerraduras y exclusiones simbólicas, ubicadas en el imaginario colectivo, pero que se materializan en la medida en que “a esos no les damos bola”. Aquellos que no fueron “bien” educados, que no tuvieron entornos familiares “adecuados”, son los que se desvían, los que tienen actitudes inaceptables, que no pertenecen, ya que no comparten las formas de vivir ni los valores de aquellos que viven desde hace mucho y cuyo enriquecimiento (al parecer) es lícito (por haberlo adquirido con trabajo y esfuerzo). A “ellos” (los *otros*) no les importa la vida en familia, ni disfrutar de la naturaleza, ni tampoco sacar provecho del club y los deportes.

Por su parte, Alejandra, introduce otro punto de vista:

“La verdad, eran bastante variados... los intereses. No había tanto (vínculo con otros) porque se suele tener en general, muchas veces acertado y otras no, como el prejuicio de “niño rico”. Y ahí yo veía algunos casos que sí... “atendeme”, como muy de que toda la vida la tiene resuelta, como más encaprichado y otra mayoría que la verdad es que no. Cada uno no sé... Mis amigas de ahí, decidieron carreras muy diferentes después, algunas con interés social, como que cada uno construyó su vida después y no sé si el country los marco como en diferenciación como “yo soy mejor”. Lo que pasa es que hay gente que está acostumbrada a que no le falte nada, y no tienen

registro de lo que es vivir cuando las cosas te hacen falta de verdad. Entonces como nunca vivenciaste eso... Para mí depende mucho de la enseñanza de la familia. Había mucho también de clase media que rasguñaba, o sea que gustaba más de lo que tenía. Entonces tenías mucho que era todo derroche y consentidos y otros que no, que vivieron ahí pero no se constituyeron como unos a los que les chupa un huevo el resto.”

Ella identifica un tipo distinto de actitudes y formas de actuar que agrupa en un universo de significación distinto al que comparte con sus amistades. Por un lado, aquellos a los que el country los marcó como “a los que les chupa un huevo el resto” y por otro, los que tienen una “visión más social”. De hecho, en otro fragmento de su testimonio, indica que muchas de las cosas que solía hacer su círculo estaban orientadas a buscar la forma de que personas ajenas al country no las categoricen como lo que ellas mismas repudiaban: “el niño rico”.

Por otra parte, da cuenta de un nivel distinto de diferenciación: el ideológico. Al introducir el tema de la discusión sobre el muro, engloba una cierta forma de ver el mundo en un tipo específico de comportamiento y de esta manera, en un grupo diferenciado.

Así es que, como resultado de un aprendizaje social que deviene del contacto repetido con representaciones construidas o filtradas por el discurso de los medios, pero también a partir del contacto con los que los rodean, se constituyen una imagen del otro y una de sí mismos que influye en el modo en que los grupos se relacionan entre sí. De esta manera es como se constituye el estereotipo: una creencia, una opinión, una representación relativa a un grupo y a sus miembros que se da en la medida en que ciertos rasgos de ese grupo son percibidos como una esencia inmutable, y que derivan de su estatus social o de los roles que le son conferidos (Amossy 2001: 40-41). Sin embargo, en estos casos en particular, se trasciende la creencia, ya que se adopta una actitud específica frente a los “otros”, adquiriendo la forma de prejuicio. De esta forma, todos aquellos que compartan determinados rasgos, serán ubicados en uno u otro grupo, por ejemplo: “Acá igual no nos gusta mucho que vengan políticos”.

La referencia a “los políticos” en este caso es paradójica. Por un lado, se naturalizan y esencializan ciertas conductas asociadas a quienes ocupan cargos públicos, pero a la vez, se despolitizan los valores y acciones que representan los pilares sobre los que se fundaron los countries.

Sumado a ello, es interesante la dimensión que introduce Bourdieu (2010), en tanto establece que el éxito o fracaso de las luchas de poder en determinado espacio dependen del capital que cada grupo posee (en sus diferentes formas). En sus palabras:

“las posibilidades medias de aproximación de los diferentes bienes y servicios materiales o culturales asociados a un hábitat determinado, se especifican para los distintos ocupantes de éste según las

capacidades de apropiación (materiales -dinero, medios de transporte privados- y culturales) que cada uno detenta en propiedad. Se puede ocupar físicamente un hábitat sin habitarlo, hablando con propiedad, si no se dispone de los medios tácitamente exigidos, comenzando por un cierto hábitus. Si bien el hábitat contribuye a formar el hábitus, el hábitus contribuye a su vez a formar el hábitat a través de los usos sociales, más o menos adecuados, que se inclina a hacer de él. Así, se llega a poner en duda la creencia de que el acercamiento espacial de agentes muy alejados en el espacio social pueda tener, de por sí, un efecto de acercamiento social: de hecho, nada es más intolerable que la proximidad física (experimentada como promiscuidad) de individuos socialmente muy distantes.” (Bourdieu, 2010: 123)

Cristina expresa de manera muy clara esta dinámica:

“Te digo algo, mucha gente quiere venir a estos lugares porque piensa que se eleva socialmente. Ese es otro tema, que no es la mentalidad de los que fundaron estos clubes. Ellos lo ven como clasistas, pero acá lo que menos es la gente es clasista. A cierto nivel de mentalidad o pensamiento, piensa que la posibilidad de acceder a un lugar así lo posiciona en otro lado. Y justamente a esa gente nosotros no le damos bola. Porque no pasa por ahí. Acá está muy claro, se juntan entre ellos, nadie les da bola.”

Algunas consideraciones finales

A lo largo del trabajo intentamos dar cuenta si los countries, que se analizan desde las principales teorías de la sociología urbana como espacios homogéneos, siempre contrastados con un “otro” que se encuentran afuera de un muro/perímetro/enrejado/etc., constituyen efectivamente un todo sin fisuras o presentan diferencias y estructuras de desigualdad en su interior. Ante la escasa discusión teórica en este aspecto, realizamos una serie de entrevistas piloto a los mismos habitantes de los countries, para dar cuenta de los procesos de diferenciación y la construcción de estructuras de desigualdad al interior de estos espacios.

Algo llamativo que surgió en dichas entrevistas refiere a que varios indicaron que vivir en un country (especialmente en aquellos más grandes), es como vivir en un pueblo: *“Es muy la lógica de pueblo chico infierno grande, como que todas las historias de todos se saben. Es como un pueblo, solo que está aislado por el perímetro de la guardia.” (Alejandra)* En este sentido, podríamos pensarlos como lo que Grimson llamaría campos de interlocución, en la medida en que se establecen “lenguajes específicos para hacer referencia a la diferencia y la desigualdad, donde diversos grupos, con intereses contrapuestos, comparten la forma en que las disputas entre ellos deben realizarse y expresarse”. (Grimson, 2001:21)

Como pudimos observar al recuperar los testimonios, constantemente está operando el juego del “nosotros/los otros”. El proceso sin fin de constitución y reafirmación de la identidad, tanto individual como colectiva, implica que los habitantes de los countries configuren imágenes y

representaciones de quienes los rodean para poder no sólo integrarse socialmente, sino comprender su entorno.

El establecimiento de diferencias al interior no implica que no existan experiencias e historias compartidas que constituyan sentidos comunes y prácticas cotidianas similares. Sin embargo, son esas mismas experiencias las que funcionan como base para las disputas de otros presupuestos, sentidos y prácticas. (Grimson, 2001).

Tal como menciona Hall (2010), “la diferencia es necesaria tanto para la producción de significado, la formación de lenguaje y cultura, para identidades sociales y un sentido subjetivo del sí mismo como sujeto sexuado; y al mismo tiempo, es amenazante, un sitio de peligro, de sentimientos negativos, de hendidura, hostilidad y agresión hacia el ‘Otro’ ” (2010: 423)

En base a lo expuesto, consideramos que para comprender el complejo proceso de diferenciación al interior de los countries no alcanza con revisar los antecedentes bibliográficos en este campo. Es por ello que en el presente trabajo nos propusimos abrir la discusión en el terreno de la sociología urbana, ya que poco se ha escrito sobre la heterogeneidad al interior de las clases altas en esta área.

Bibliografía

- Amossy, R., y Herschberg Pierrot, A. (2001): “La noción de estereotipo en las Ciencias Sociales”, en *Estereotipos y clichés*. Eudeba: Buenos Aires.
- Arizaga, M.C.(2003): “Nuevas urbanizaciones cerradas en los noventa: representaciones del suburbio en sectores medios” en *Documentos de Jóvenes Investigadores* (N°4) Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, Buenos Aires.
- Bourdieu, P. (1990):“Algunas propiedades de los campos” en *Sociología y Cultura*, Editorial Grijalbo, México DF.
- Bourdieu, P. (1997): “Espacio social y espacio simbólico” en *Razones prácticas*, Editorial Anagrama, Barcelona.
- Bourdieu, P. (2010) Efectos de lugar. En Bourdieu, P. *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. Pág. 119-124
- Ciccolella, P. (1999): “Globalización y dualización en la Región Metropolitana de Buenos Aires. Grandes inversiones y reestructuración socio territorial en los años noventa” en *Revista Eure* (Vol.XXV.N°76) pp-5-27, Santiago de Chile.
- Grimson, A. (2001) (Fragmento): “Cultura, nación y campos de interlocución”, en *Interculturalidad y comunicación*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Hall, S. (2010): “El espectáculo del ‘Otro’”, en Restrepo, Eduardo, Walsh, Catherine y Víctor Vich (editores): *Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Lima: Envión Editores.
- Marcuse, P. (1995): “Not Chaos, but Walls: Postmodernism and the Partitioned City” en *Post modern Cities and Spaces*. S. Watson and K. Gibson. Blackwell.
- Prévot Schapira, M. (2002): “Buenos Aires en los años‘90: Metropolización y desigualdades” *Revista EURE*. V.28. N°28. Santiago de Chile
- Martini, S. y Halpern, G. (1998) “Imaginario Sociales”. Documento de la Catedra “Cultura Popular” de la Carrera de Trabajo Social. Facultad de Ciencias Sociales. UBA: https://docs.google.com/document/d/1c46SOvG2Olsp642_XiKsuTV--ckJtrq8FmcSYg3Pt9M/edit
- Robert, F (1998): “La gran muralla: aproximación al tema de las urbanizaciones cerradas en la Región Metropolitana de Buenos Aires” Mimeo
- Svampa, M. (2001): “Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados”. Ed. Biblos. Buenos Aires.

- Svampa, M. (2004): “Fragmentación espacial y procesos de integración social hacia arriba: socialización, sociabilidad y ciudadanía” en *Espiral* (Vol.XI,Nº31), pp.55-84, Universidad de Guadalajara, Guadalajara.
- Therborn, G. (2015): “Los campos de exterminio de la desigualdad” Editorial Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Tilly, C. (2000): “La desigualdad persistente” Editorial Manantial, Buenos Aires. Torres, H. (2006): “El mapa social de Buenos Aires (1940-1990)”. Serie Difusión 3. Dirección de Investigación. Secretaría de Investigación y Posgrado. FADU-UBA.
- Torres, H. (2001): “Cambios socioterritoriales en Buenos Aires durante la década de 1990”. Revista Eure. Vol XXVII N°80.